

que ha sido instituida, calcular sus efectos, descubrir las garantías del noble primado que ejerce en cuanto pertenece al dominio de la palabra, y computar, si es posible, la duración de su influjo sobre los destinos del género humano. Como el reino de Jesucristo, la elocuencia sagrada no es de este mundo; pero aquí tiene trazada por el eterno Geómetra la esfera de su acción; aquí desenvuelve su poder; aquí realiza sus magníficos planes de felicidad, sometiendo á la fe la razón de los sabios, é inclinando bajo el yugo de la lei divina la osada frente de los potentados de la tierra. Precisemos pues nuestras ideas acerca de la acción de la elocuencia evangélica sobre la pauta de estos grandes objetos, pues que nada ménos se necesita, para formarnos una idea mas universal y grandiosa de la misión sublime de la palabra santa." <sup>1</sup>

De estas observaciones generales se derivan todos los principios en que debe fundarse el criterio de este género de oratoria, ya la consideremos como un ministerio, ya en sus relaciones literarias con el arte de la palabra. Sin salir pues de este círculo, trataremos en el presente libro:

- PRIMERO, de la excelencia de la predicación,
- SEGUNDO, de las cualidades que exige;
- TERCERO, de los deberes que impone;
- CUARTO, de los estudios que demanda;
- QUINTO, de las formas que admite;
- SEXTO, de los géneros que comprende.

#### ARTICULO PRIMERO.

##### EXCELENCIA DE LA PREDICACION.

Después del Santo sacrificio de la misa no hai en el ministerio eclesiástico una función mas sublime que la de la predicación. En ella se ocupaba mas ordinariamente Nuestro Señor Jesucristo durante los tres años de su vida pública; y á ejemplo de Jesucristo los Apóstoles y sus sucesores en el episcopado católico han hecho de la predicación el objeto constante de su solicitud y de su celo. Por cualquier aspecto que se examine este ministerio se ve aparecer su excelencia incomparable; y para convencernos plenamente de esto, bastará considerar en el predicador: primero, la sublimidad de su misión; segundo, la magestad de su

<sup>1</sup> Hemos tomado esto de nuestra "Disertación sobre la elocuencia religiosa," primera parte.

palabra; tercero, la grandeza de los asuntos que está encargado de tratar; cuarto, el fin con que habla; quinto, los efectos de su predicación cuando ella se eleva á la altura de su ministerio.

#### CAPITULO PRIMERO.

##### SUBLIMIDAD DE LA MISION APOSTOLICA.

Hemos visto que la elocuencia sagrada es una institución divina: que esta institución consiste en la creación de un sacerdocio divinamente autorizado para anunciar el Evangelio, esto es, la fe, la lei y la gracia de Jesucristo. Jesucristo pronunció dos palabras, pero que por sí solas reasumen anticipadamente la historia de la predicación cristiana. *Así como mi Padre me ha enviado á mí, así tambien yo os envío á vosotros.* He aquí la divinidad esencial de la predicación de Jesucristo y el carácter divino de la misión del sacerdocio. Si alguno quisiese disputar al orador evangélico el derecho con que habla en representación de Dios á todos los pueblos de la tierra, quedaria reducido al silencio con solo las palabras suyas que acabamos de citar. No hai diferencia en lo que se comunica, pues lo mismo que fué enviado Jesucristo, es enviado el Sacerdocio; y la misma sanción que tiene la misión de Jesucristo, tiene la misión del Sacerdocio.

Ella se extiende á todo lo que se halla establecido en la Iglesia; pero aquí queremos reducirnos únicamente á la predicación. Este ministerio divino se halla tan sólidamente afirmado por la autoridad y por la palabra de Jesucristo, que para hacerle respetable y santo ante los hombres y los pueblos, quiso en cierto modo identificarse con el sacerdocio católico cuando este desempeña el ministerio sublime de la palabra. En efecto, aludiendo visiblemente á todos los que desde entonces hasta la consumación de los siglos hubiesen de asistir á la predicación sagrada, dijo á sus discípulos y en ellos á todo el sacerdocio católico: *El que os oye á vosotros me oye á mí; el que os desprecia á vosotros me desprecia á mí.*

Hai mas todavía; tan celoso fué Jesucristo de este santo ministerio de la palabra, que cuando una muger, en presencia de sus milagros y de su doctrina ponderaba la felicidad del vientre que le habia portado y de los pechos que le habian dado el primer alimento, dijo: "Bienaventurados los que

oyen y guardan la palabra de Dios." Esta palabra es el Verbo de Dios, es la verdad de Dios, la lei de Dios, la gracia de Dios anunciada á los hombres, la revelacion sublime de cuanto han menester ellos para convertirse y para salvarse; y el que la pronuncia, es un representante del cielo ante los hombres, un intérprete sagrado que hace nacer la fe en el alma, la virtud en el corazon, que baja la misericordia del cielo, que prepara la tierra bendita para que la gracia consume la obra que ha iniciado mediante la difusion de la palabra santa. En esto sin duda se fundaba el Apóstol para decir á los Corintios, "que él como sacerdote de Dios, desempeñaba en la tierra una legacion que le habia confiado Jesucristo: que Dios los exhortaba por sus labios, que Cristo hablaba en él." <sup>1</sup> Por esto decia tambien á los Gálatas. <sup>2</sup> "que le habian recibido como al ángel de Dios, como al mismo Jesucristo." Y por esto, finalmente, aludiendo á la palabra que salia de sus labios y al edificante recogimiento con que los de Tesalónica la escuchaban, les decia: "La habéis recibido, no como la palabra de los hombres, sino como lo que es en la realidad, como la palabra del mismo Dios." <sup>3</sup>

Tal es la mision del orador sagrado. Es visto pues que la elocuencia del predicador no es la obra del genio, no es la combinacion del talento, no es el encanto de la fantasia, no es un poder humano. Las bellas cualidades del espíritu podrán prestarle algun ornato meramente accidental. Y aun hablando así, somos poco exactos: los talentos, la meditacion, el estudio, no son creaciones, ni son desarrollos, sino escalas por donde el hombre puede elevarse á ciertos grados de esa altura celestial en que está colocada la palabra de Dios. Cada pensamiento de los muchos que encierra ese libro divino que se llama *Evangelio*, es para ocupar una vida, para abismar un talento, para llenar volúmenes enteros. Los Padres de la Iglesia, los mas insignes escritores del cristianismo no son los continuadores de la Biblia: sus escritos no son apéndices ó suplementos de esos libros inspirados: aquellos son expositores y comentadores de la santa Escritura; se fecundan en ella sin agotarla jamas.

<sup>1</sup> 2.ª, Corint. cap. V, v. 20, cap. XIII, v. 3.

<sup>2</sup> Galat. cap. IV, vv. 14. 1.

<sup>3</sup> Thessal. cap. II, v. XIII.

## CAPÍTULO SEGUNDO.

### MAGESTAD DE LA PALABRA.

"La elocuencia sagrada, lo mismo que la profana, tiene por blanco el corazon humano; mas obra con fuerzas, en direcciones y sentido muy diversos al desarrollar toda su accion. La elocuencia del hombre domina, es cierto, la voluntad; pero aliándose siempre con las pasiones: su táctica bastante conocida, es triunfar de unos intereses con otros, de unas esperanzas con otras, de unos sentimientos con otros; mas las armas se fabrican de ordinario en el arsenal del corazon, y las fuerzas contendientes son siempre de la tierra. No así la elocuencia sagrada. Atrevida tanto como excelsa, rige las pasiones sin aliarse con ellas; subyuga los sentimientos sin lisongear las inclinaciones culpables: viva, eficaz, penetrante mas que una espada de dos filos, se abre camino por entre los mas recónditos arcanos del alma, por entre los senos mas inaccesibles del corazon, hácia las profundidades de la intencion y del pensamiento: gana victorias enriqueciendo á los vencidos con los despojos de la guerra; y todo esto sin producir el dolor, y ántes bien, empleando siempre aquella inefable dulzura, aquella fuerza de insinuacion irresistiblemente tan enérgicamente descrita por el Apóstol. <sup>1</sup>

"La palabra *abnegacion*, esta palabra que puede considerarse como la enseña de la moral cristiana, y que tantas veces ha helado la sarcástica risa en los labios del mundo; esa palabra que rinde la voluntad á la lei eterna, que humilla la inteligencia delante de la fe, y que hace andar á la humanidad por la carrera del sacrificio: esta palabra que en su inflexible severidad no tiene concesiones mas que para la virtud, ni promesas mas que para la inocencia ó el arrepentimiento, ni dicha verdadera sino para las lágrimas y la tribulacion: esta palabra que desconcierta la inteligencia, humillando las teorías ante el cuadro vivo de los héroes cristianos; que parece esparcir el terror sobre la misma naturaleza, sometiendo sus movimientos mas expansivos á la imponente

<sup>1</sup> Vivus est enim sermo Dei, et efficac, et penetrabilior omni gladio accipiti: et pertigens usque ad divisionem anime ac spiritus, compingem quocumque ac medullarum, et discretor cogitationum, et intentionum cordis.—*Epist. ad Hebr. cap. IV, v. 12.*

severidad de la moral católica: he aquí la palabra que pronuncia la elocuencia evangélica para rendir el corazón. Nada reconoce grande fuera de Dios; y cuando el entusiasmo de la gloria mundana tiende á relajar sus derechos, ella abre los sepulcros ante los pueblos y los reyes, y nubla la frente de los espectadores al mostrar en su presencia el inevitable término de todas las grandezas humanas. Exáltase, como para menguar sus títulos al vasallaje de la razón, el poder de la razón misma con el brillo del talento, los progresos de las ciencias y de las letras, la antigua y vasta carrera de los descubrimientos; mas ella entónces, retirando los límites del horizonte y haciendo pasar la revista por esas mil vicisitudes con que aparece la inteligencia en el curso de los siglos; amontonando esos escombros, digámoslo así, donde se revuelven confundidos y olvidados los partos momentáneamente célebres, y las teorías pasajeraamente famosas, y los descubrimientos fugitivamente admirados, fija en Dios el asiento de la verdad, reconcentra en las virtudes los atributos de la sabiduría, y hace caer ante su simbolo todos los prestigios de la imaginación y todas las creaciones del genio. *El que no está conmigo, es contra mí*, dice, y la historia del entendimiento humano viene á franqueársela toda para rendirla iguales pruebas con las épocas de decadencia y las épocas de progresos, con los tiempos oscuros y los mas brillantes siglos. Porque ella ha probado constantemente, que el principio católico, de donde parte, es "luz cuando preside á las nobles tareas de la razón humana, y sentimiento cuando se asocia á las conmociones mas íntimas del corazón;"<sup>1</sup> que la verdad está en ella, porque Dios es el autor de la verdad; que la fe no desconcierta sino dirige la razón; y por último, que el poder de vencerse á sí mismo en pro de la verdadera felicidad no tiende á destruir sino á robustecer, afirmar y engrandecer el vigor del carácter. En suma, la elocuencia profana obra sobre la voluntad y la inteligencia contando con Dios y con el hombre. ¿Queréis apreciar las dimensiones de su esfera en el orden de la inteligencia? Buscad sus límites en la extensión inmensa que le presentan por una parte los dogmas y la ciencias, por otra parte la revelación y el discurso, y por último, la razón y la fe. ¿Queréis computar su movimiento en la vasta carrera de la conducta? Apreciad su fuerza motriz, que se halla toda en la naturaleza y la gracia. Tal es la esfera de acción de la elocuencia evangélica: el hombre con su naturaleza, el

<sup>1</sup> CHATEAUBRIAND,

mundo con su historia, la humanidad con sus destinos, la Providencia con su plan, la Iglesia con su autoridad, Dios con su poder: nobles y sublimes atributos recogidos en estas preciosas palabras: *Enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.*"<sup>2</sup>

La magestad de esta palabra divina está pues de manifiesto en todas las cosas; pero para ceñirnos á una sencilla indicación y poner mas de bulto sus títulos excelsos, basta manifestar que ella tiene sobre la palabra humana una triple soberanía; la de los dogmas, la de la lei y la de la gracia. Con los primeros triunfa de la inteligencia con la fe: con la segunda triunfa de la legislación humana con los preceptos divinos: con la tercera triunfa del poder de las pasiones con la gracia que muestra, que atrae y que difunde.

### CAPÍTULO TERCERO.

ASUNTOS QUE TRATA EL PREDICADOR EN EL PÚLPITO.

Dios, el hombre y las relaciones que median entre ambos seres: he aquí los puntos dominantes en la inmensa materia de la predicación. Todos los misterios, todas las verdades morales, toda la historia de la Providencia y de la humanidad, todas las esperanzas del mundo que ha de ser regenerado en la doctrina; toda la perfectibilidad de la especie humana, sus destinos inmortales, su bienaventuranza eterna; todo viene á colocarse bajo la pluma del apologista ó en los labios del predicador evangélico. La ciencia de que dispone el predicador, no es una ciencia, sino mas bien una doctrina; la difusión docente de una verdad cuyos caracteres eternos la sacan de las vicisitudes de las ciencias y de las especulaciones humanas: sublime en sus misterios, una en su economía, universal en su inteligencia, santa en su moral, eterna en sus promesas; he aquí los caracteres intrínsecos de la doctrina del predicador.

"El dogma sacrosanto de un Dios trino y uno, *el Verbo que existía desde el principio, que estaba en Dios, que era Dios,*"<sup>1</sup> hecho carne en el vientre de una Virgen por obra del Espíritu Santo para nacer en el tiempo, padecer y morir; el

<sup>1</sup> Joann. Cap. I, v. 1.

<sup>2</sup> Esto lo hemos tomado tambien de nuestra "Disertacion" citada.

hombre condenado á la muerte por el pecado original, reconciliado con Dios por medio de Jesucristo, destinado á resucitar en el gran día en que ha de finalizar el mundo; el pan convertido en el cuerpo y el vino en la sangre del cordero sin mancha, para quedar á los hombres hasta la consumacion de los siglos, como una prenda de amor, en el cual Jesucristo habia de presentarse á los ojos de nuestra fe con el doble carácter de pontífice que sacrifica y víctima que se inmola; la tierra formando con el cielo una sociedad perdurable, en que, unidos todos los miembros con la cabeza, que es Jesucristo, por la profesion de una misma fe, por la participacion de unos mismos sacramentos, por la identidad del culto, por la sujecion á unos mismos pastores, se manifiesta el cuadro perfectísimo de aquel rico y poderoso imperio, en cuyo muro inexpugnable habian de estrellarse las oleadas furiosas que se levantarán del abismo; una ventura sin fin reservada á los justos, una desgracia sin fin destinada á los culpables; el mundo que corre fugitivo con todas sus ilusiones; el tiempo que vuela presuroso á hundirse para siempre en el seno de la inmóvil eternidad: he aquí un conjunto imponente, admirable, divino; una concurrencia misteriosa de sombras y de luz, en que la verdad, semejante á la nube de Isnel, es toda claridad para el sencillo creyente, toda oscuridad y tinieblas para la soberbia razon que tiene el increíble frenesí de buscar en sí misma el gran principio y el inevitable término de todas las cosas.<sup>1</sup>

Tales son los puntos que sirven de fondo á los discursos del orador sagrado, y que no clasificamos aquí, porque debemos hablar especialmente de esto cuando llegue su turno á las formas diversas de la predicacion. Pero no se necesita mas que de lo dicho, para conocer cuánto se eleva la predicacion evangélica sobre la elocuencia profana por solo el carácter de los asuntos que trata el orador. Estos afectan íntima y profundamente al hombre en cuanto tiene de mas noble, de mas grande, de mas excelso en su naturaleza, en su accion y en sus destinos: ellos parten siempre de Dios y se versan en un órden que sale con mucho de esta órbita en que giran los mas grandes inteseles de la tierra. Cuando no considerásemos pues sino bajo este único aspecto las cosas, esto bastaria para persuadir á todo el mundo la incontestable excelencia de la predicacion cristiana.

<sup>1</sup> Este párrafo le hemos tomado de nuestro Panegirico de N. Señor Jesucristo, primera parte.

## CAPÍTULO CUARTO.

FIN DE LA PREDICACION.

La predicacion evangélica tiene el mismo fin que la mision de Jesucristo, tiene por fin la salvacion del mundo. Mas el mundo no puede salvarse sino en la Iglesia, y la Iglesia no garantiza la salvacion sino con la fe, la esperanza y la caridad. El orador evangélico con la palabra divina salva la fe de los fieles contra las vacilaciones de la duda y los prestigios del error; salva la esperanza radicando en el corazon esta santa virtud con la pintura de las penas y de premios eternos; salva el amor divino de naufragar entre los sentimientos terrenos en el golfo de las pasiones humanas, atrayendo el corazon al culto de la penitencia, predicando la abnegacion y la gracia de los Sacramentos. De esta suerte el ministerio apostólico realiza el pensamiento de Aquel, que no vino acá para perder sino para salvar al mundo. Nada es tan bello y grandioso á la par como el cuadro que presenta en su desarrollo católico esta institucion celestial para realizar los altos fines con que fué establecida. "Reunir á los hombres en un templo para instruirlos en sus deberes; establecer concurrencias públicas de conversaciones profundas entre la religion y la conciencia; contrabalancear la impunidad de lo presente con la justicia de un incierto y oscuro porvenir; combatir los vicios, despertar la fe, mover el corazon, subyugar la voluntad, encadenar todas las pasiones bajo el yugo de la lei por los lazos mas íntimos de los intereses eternos; descubrir á los oyentes el tribunal supremo de la justicia, los asilos de la humanidad afligida, las cabañas, los sepulcros, los abismos de la eternidad; obligar á cada uno á que tome respecto de sí mismo el doble carácter de acusador y juez en el profundo secreto de su espíritu y la soledad de sus remordimientos: tal es, dice el Cardenal Maury, el verdadero cuadro de la elocuencia del púlpito."<sup>1</sup>

Véase aquí en accion todos los resortes divinos con que el orador evangélico mueve al hombre para dirigir sus pasos á la felicidad eterna. El objeto de sus discursos siempre es verdad y virtud, el resultado cuando el auditorio se

<sup>1</sup> Véase su obra: *Essai sur la eloquence de la Chaire*, § 1, de donde hemos tomado en extracto estas ideas.

aprovecha de ellos, es siempre luz para el entendimiento, paz y goce para el corazón, esperanza robustecida, bienaventuranza en cierto modo anticipada. Predica el reino de Dios: el fin está pues comprendido en la acción misma: porque el reino de Dios es el de la moral más pura en la tierra, y el de una felicidad perfecta en el cielo. ¡Qué fin tan elevado y noble! ¡qué motivos tan puros! ¡qué medios tan santos! El fin del orador, y por lo mismo el de su palabra, es todo celestial. Cuanto se eleva pues el cielo sobre la tierra, tanto así se sobrepone por la alteza de su fin la predicación del Evangelio sobre la elocuencia profana.

### CAPÍTULO QUINTO.

#### EFFECTOS DE LA PREDICACION.

“La elocuencia sagrada tiene tres pueblos que dominar, y entre ellos divide la acción permanente de su poder sobre la razón, la conducta, y por consiguiente, la civilización: el pueblo de los que no creen, el de los que creen y no entienden, el de los que creen y entienden, y no son consecuentes con sus creencias y convicciones en el sistema de su conducta. Caracterizad bien estas tres clases, y buscadnos otra nueva, si podéis, en todo el género humano. Analizad la civilización, suponed por otra parte lo que hace la elocuencia sagrada con esos tres pueblos que acabamos de enumerar, y buscad si podéis, una necesidad nueva y un elemento más de civilización. Enseñar, convencer y convertir; he aquí el triple efecto de la elocuencia sagrada: doctrina, buen sentido y costumbres; he aquí la suma de la civilización en su plenitud. ¿Se dirá que la elocuencia no convence? Os pediremos entonces la razón del catolicismo. ¿Se dirá que la elocuencia no enseña? Os conduciremos á las aldeas y á las cortes para mostraros á Dios, al hombre y á la felicidad en los discursos rústicos del labrador y en los primeros tartamudeos de la infancia. ¿Se dirá que la elocuencia no convierte? Os haremos pasar desde Constantino hasta Carlos V, os haremos andar de un cabo al otro toda la edad moderna, os preguntaremos por los bárbaros que invadieron el norte de la Europa é hicieron caer el imperio romano, por los tormentos que se registran en la historia de los mártires, y las guillotinas que penetraron de horror al mundo desde la patria y el patíbulo de Luis XVI, y os mostraremos de si-

glo en siglo pueblos, reyes y filósofos, cayendo ante el escándalo y la locura de la cruz.

“¿Pero de qué manera convence, enseña y convierte la elocuencia sagrada? Todo el mundo lo ve: en los libros y discursos de los apologistas, en las instrucciones catequísticas de los pastores, en la palabra edificante y viva de los ministros que juzgan y gobiernan las conciencias. ¡Cosa admirable! Todo esto se halla organizado maravillosamente en la Iglesia, garantido incontrastablemente con su autoridad, afirmado en la unidad católica, y fecundado incesantemente en el espíritu de caridad y santificación. Desde el Vaticano hasta la última choza de los creyentes hallaréis el todo y la parte en la doctrina y en la felicidad: el todo y la parte, es decir, la eternidad y el tiempo, las generaciones que pasaron y las generaciones que no viven aún, Dios y el hombre, le sociedad y la familia, el individuo y el género humano, el derecho y el deber, la libertad y el orden. El catolicismo tiene un jefe, este jefe tiene una gerarquía subordinada, esta gerarquía tiene distribuido un mundo, y este mundo, como ha dicho Jesucristo, vive *no solo de pan*, mas también *de la palabra* de vida que le nutre y conserva para la felicidad eterna.

“He aquí una imagen de la elocuencia de la religión en la inmensa economía dogmática y moral, especulativa y práctica del universo católico. La palabra que salió de los labios de Jesucristo para instruir á las turbas, redargüir á los doctores de la ley, imponer á los magnates y mostrar su reino á los magistrados gentiles, esa palabra dominante en la sinagoga, sublime en la cruz y triunfante en la Iglesia, la encontraréis en todas partes, porque ha dado la vuelta al mundo; la descubriréis en los anales religiosos de todos los pueblos, porque ha hecho la travesía de todos los siglos; la veréis salir de esas asambleas ecuménicas de la cristiandad, llevando consigo á toda la sociedad religiosa los dogmas, la moral y la disciplina. Si abris las inmensas bibliotecas creadas ó enriquecidas por el saber y la erudición católica, la encontraréis allí; si recorréis toda la escala gubernativa y judicial del imperio que Jesucristo tiene establecido en la tierra, esta palabra resonará en vuestros oídos; si penetráis en nuestros templos, sus bóvedas angustas volverán los ecos de esta palabra santa; si visitáis los hogares domésticos, allí se os hablará el mismo lenguaje; en suma, desde las cortes hasta las aldeas, desde los palacios hasta las chozas, veréis cómo circula, y con qué pasmosa fecundidad se desenvuelve sobre la inteligencia y el corazón esta palabra de vida

que ha reincorporado la verdad en la razon humana, producido la civilizacion con la moral, dado costumbres á los pueblos y ganado el mundo para la virtud."

"¿Cómo explicar este fenómeno tan antiguo, tan universal y tan constante, tan múltiplo, que se reproduce bajo todas las formas sociales, sin alterar su propia forma, tan céntrico, que reconcentra en un solo punto de unidad todas las inteligencias, todos los caracteres y todas las costumbres; este fenómeno tan manifesto en el genio y en el talento de los mas insignes escritores, como en la inteligencia del vulgo, y en la rusticidad sencilla de los que ocupan los últimos grados en la escala social? ¿Cómo es, que una palabra sola pronunciada quince siglos ha en el concilio de Nicea, hizo inclinar al universo todo ante el dogma sublime de la unidad de Dios? ¿Por qué incomprendible magia pudo reconcentrarse en un símbolo cuanto habia de cierto cuarenta siglos atrás, y cuanto la verdad podia descubrir por todos los siglos subsecuentes en el orden dogmático, filosófico y moral? ¿A quién es debida la gloria de haber dado una solucion tan sublime y tan incontestable al mismo tiempo á un proyecto que la experiencia antigua presentaba como imposible, el de someter el universo todo á la unánime profesion de una sola doctrina? Grande fué, ya lo sabemos, la ambicion de los antiguos filósofos; mas no llegó á tanto su frenesí, que expidiesen á sus discípulos un diploma dogmatizador para el mundo. Mas Jesucristo sin aparato, sin controversia, sin pretensiones, encadena con una sola palabra la razon de la humanidad, y fijando los atributos del orador sagrado, dió por teatro á la elocuencia religiosa cuanto el mundo contiene de polo á polo, y por oyentes á sus ministros todas las generaciones, y por duracion al imperio de la palabra divina todos los siglos."<sup>1</sup>

De esta manera hemos visto perfeccionado el individuo, santificada la familia, afirmada la sociedad, civilizado el mundo, por la predicacion evangélica: tales son sus efectos.

Hai mas: el orador, el mismo ministro que la anuncia, reporta un inmenso cúmulo de bienes por el solo ejercicio de su predicacion. "El hombre, dice el Sabio, se saciará con muchos bienes del fruto mismo de sus labios. En efecto, cuando un ministro de la Iglesia toma la tribuna sagrada para ser el órgano de Dios y del hombre, es necesario que esté penetrado íntima y profundamente de lo mismo que va á predicar:

<sup>1</sup> Tomado literalmente de nuestra "Disertacion sobre la elocuencia religiosa."

es preciso que anticipe, digámoslo así, en su entendimiento y en su corazon los efectos de sus palabras; es preciso que esté instruido ántes de instruir, que esté santificado, por lo ménos en el deseo, ántes de santificar. Y cuando habiendo predicado ya, empieza á observar los maravillosos efectos de su solícitud y de su celo, es preciso tambien que reporte sobre su corazon la edificacion y los inocentes goces de tanta maravilla. Esto es tan palmario, tan claro, tan obvio, y se halla de tal suerte indicado por la misma naturaleza de las cosas, que no habemos menester por cierto de perdernos en desarrollos para demostrar y exponer esta verdad.

## ARTÍCULO SEGUNDO.

### CUALIDADES DEL PREDICADOR.

Mision legítima, aptitud competente, grande humildad, fin santo, celo apostólico y vida edificante: he aquí sustancialmente las cualidades con que debe aparecer el ministro de la palabra en la cátedra evangélica. Sin mision, habla solo el hombre; mas la palabra humana no es palabra de verdad, no es camino de salud, no es elemento de vida. Ya hemos visto que la predicacion es una institucion divina y no un hecho social, es el desempeño de una mision y no el ejercicio de un talento, es un poder de gracia y de verdad y no un influjo humano; que la mision del predicador se halla terminantemente consignada en las sagradas letras, numerada entre los grandes objetos de la institucion divina de la Iglesia, comunicada con el orden respectivo, ejercida con la debida jurisdiccion. Coligese de aquí que sin mision legítima nadie tiene el derecho de predicar; y como fuera de la Iglesia católica no hai mision legítima, solo sus sacerdotes tienen un título divino para predicar á las naciones la palabra de Dios. El sacerdote, pues, debe tener la conciencia de su mision y la legitimidad de su mision; debe ser instituido, enviado y autorizado. El que simplemente se acaba de ordenar, tiene el primer requisito, pero no los otros dos. El que además del orden ha sido señalado por su Obispo para ejercer su ministerio en cierto lugar, tiene el primero y el segundo; mas el que además de lo dicho ha obtenido de su prelado las licencias necesarias para ejercer el ministerio, tiene todos los requisitos fundamentales y consiguientes contenidos en la legitimidad de la mision. Lo ex-